

Capítulo 7 - La Tierra de los Camino Rotos

- Capítulo 7 - La Tierra de los Caminos Rotos

Capítulo 7 - La Tierra de los Caminos Rotos

Después de que Incantatus se volvió y desapareció en el crepúsculo crepitante, Dirt volvió su mirada hacia los niños atónitos y temerosos, soltando un suspiro. “Yo trato de llevarme bien con todos, porque soy solo un pequeño humano. Pero algo en él me hace desconfiar.”

Biandina soltó un resoplido, que probablemente pretendía sonar como una carcajada, pero en sus ojos no había alegría. “Obviamente,” afirmó.

“Mi plan es estar dormido cuando él regrese, ya que no puede entrar de ninguna manera. ¿Saben qué es lo que más echo de menos ahora? Mi baño caliente. Necesitaría un buen remojón,” comentó Dirt, pateando una pequeña piedra que encontró en el suelo.

“¿Qué es eso?” preguntó Antelmu. “¿Oh, bañarse con agua caliente? ¿Deberíamos calentar algo?”

“No, eso es... Creo que no tienen una palabra para ello,” admitió Dirt, dándose cuenta de lo que estaba diciendo. En su idioma, las palabras que usaba simplemente significaban ‘lavado caliente’. Entonces explicó: “En mi lengua se llama caldarium. Es un gran recipiente o piscina de agua en la que te metes, y toda el agua está caliente. Teníamos muchas palabras para diferentes tipos de baños y lugares donde ponerlos. Se siente realmente bien.”

“Pensé que habías sido criado por árboles y lobos y que nunca habías visto a un humano hasta hace poco,” dijo Biandina.

“Eso también es cierto. Pero mi idioma provino de algún lado, ¿verdad? No sabía lo que significaban todas las palabras hasta que empezamos a encontrar cosas. Por ejemplo, conozco la palabra gato, y es la misma en mi idioma. Pero no sabía qué era un gato. En cuanto vi un baño, supe qué era, y antes de eso, no,” explicó Dirt.

Aquí estaba, molesto por lo evasivo y resbaladizo que era Incantatus, y por cómo todo lo que decía probablemente tenía dos significados, y Dirt hacía lo mismo. Todo lo que decía era verdad, pero en otro sentido seguía mintiendo.

La deshonestidad dañaría su magia. Lo sabía en lo más profundo, desde que fue Avitus. ¿Cuánto tiempo podía permitirse seguir así? No tenía que revelar todo, pero tampoco debía quedarse en situaciones donde se sintiera tentado a mentir.

Hubo un momento de silencio después, durante el cual los niños exhalaban parte de su temor. Antelmu se acercó y tocó la corteza en su baño de agua, dejando escapar una burbuja escondida. Biandina lo observó de reojo. Intentó parecer que miraba por la ventana hasta que Dirt se alejó.

Dirt no necesitaba ver sus pensamientos para notar cómo giraban en su mente. Ella había estado prestando atención a lo que Incantatus decía y a las pistas que él había dejado escapar. Antelmu también lo captó e hizo una pausa antes de mirarla con intensidad, pero permanecía en tensión.

Biandina empezó con: “Debiste tener padres. ¿Quién te dio la vida?”

“¡Biandina!” susurró Antelmu, y Dirt se sorprendió al ver cómo otro niño lo defendía. “Déjalo en paz.”

“No, Antelmu, no puedes—”

“¡Déjalo! Si no quiere decir nada, no tiene por qué,” dijo Antelmu. “¿Por qué las chicas siempre se entrometen tanto?”

“No estoy husmeando, solo pregunto,” afirmó Biandina. “No es husmear. Solo hice una pregunta sencilla. No estoy diciendo que esté escondiendo algo.”

“Cuando lo vimos por primera vez, estaba desnudo. ¿Dónde podría esconderse eso?” dijo Antelmu.

“Él tenía ropa cuando lo conocí,” dijo Biandina. “Se arruinó, pero eso no es lo importante. Lo que cuenta es que podría estar ocultándonos secretos.”

“Por supuesto que tiene secretos, pero no hay problema,” dijo Antelmu. “Las personas no tienen que compartir absolutamente todo.”

La tierra interrumpió antes de que la discusión empeorara. “No recuerdo a mi madre. Ni su nombre, ni el color de su cabello, ni nada sobre ella. Ustedes dos tienen más suerte que yo en ese aspecto. ¿Alguien más tiene hambre? Estoy listo para comer carne.”

Resultó que ambos tenían hambre, y después de que Biandina reavivó las brasas y puso una nueva, sentarse alrededor del fuego y escuchar cómo la carne chisporroteaba era justo lo que necesitaban para relajarse.

Dirt permaneció tenso, sin embargo. Decidió contarles de dónde era en realidad, luego cambió de opinión, y otra vez, y otra más, hasta una docena de veces. El problema era que aún no había contado nada a los humanos. Los árboles y los lobos lo sabían, pero a ninguno de esos grupos le importaba. Los humanos, en cambio, eran otra historia. Si Dirt sentía tanta culpa por haber roto el mundo, ¿cuánto sentiría de repulsión o odio un humano común? Los dos niños estaban allí para ayudarlo a salvar a la humanidad, ¿pero sentirían traición si supieran?

Finalmente decidió que les daría respuestas honestas y completas a partir de ahora, y si eso implicaba decir que se llamaba Avitus, así sería. Nadie habló hasta que la carne estuvo cocida y las primeras trozos estaban medio comidos. Biandina fue la primera en decir algo, y preguntó: “¿Dónde viste el baño caliente?”

Dirt respondió: “Te lo diré, pero solo si puedes mantener un secreto de Socks. Él aún no lo sabe.”

“No creo que pueda.”

“Simplemente no pienses en ello cuando él esté cerca. Será una buena práctica,” dijo Dirt. Miró por la ventana, aunque era absurdo, porque eso no le diría si Socks lo estaba observando en ese momento. Hizo una señal a Biandina y Antelmu para que se acercaran, y ellos se reunieron en conspiración junto al pequeño fuego. Cubrió su boca con las manos y susurró: “Está en el bosque. Las dríadas descubrieron una ciudad enorme y enterrada allí, y levantaron toda la estructura del suelo. La ciudad se llamaba Turicum, y fue construida por mi gente. Cuando vayamos, te la mostraré y nos bañaremos en las termas.”

“¿Por qué no le contamos a Socks? ¿No lo ha visto?” susurró Biandina.

“No ha estado allí desde antes de que la levantaran, y quiero que sea una sorpresa. La bañera en mi villa es lo bastante grande para que él pueda entrar y no puedo esperar.”

“¿Hay otras personas allí ahora?”

“Soy el último de mi pueblo, a menos que cuentes a todos nuestros descendientes. Pero Marina quizás esté allí ahora. Ella buscaba un hombre con quien aparearse, y va a criar a su bebé en el bosque para que los árboles puedan verlo crecer. Estoy emocionado por ella. Espero que esté ahí. ¿Cuánto tiempo llevan las humanas en embarazarse?” dijo Dirt.

“Nueve meses,” dijo Antelmu.

“¿En serio? ¿Tanto tiempo? ¿Solo para un bebé diminuto?” preguntó Dirt.

Biandina sonrió forzosamente y dijo: “¿Cuánto pensabas?”

“Socks dijo que los cachorros de lobo llevan unos sesenta días y nacen enormes,”

“Los caballos tardan más que los humanos. Pueden durar hasta un año. Pero las ovejas solo cinco meses. Todo es diferente,” dijo Antelmu.

“Nunca lo supe. Realmente no sé mucho sobre animales, ¿verdad? Excepto por cómo saben,” dijo Dirt.

“No puedo creer que Socks solo haya sido llevado durante sesenta días. ¡Qué pena la madre! Debe haber crecido mucho desde que nació,” afirmó Biandina.

Dirt esbozó una sonrisa sardónica. “Si vieras a su madre, entenderías. Además, tenía unos cuarenta hermanos en la camada, y apuesto a que ella todavía tiene espacio para más.”

“¿Cuarenta? ¿De una vez? ¿Cómo es posible...?” preguntó Antelmu, desconcertado.

“Si vieras a su padre, comprenderías,” dijo Dirt, con una sonrisa que pronto se tornó maliciosa.

“Oh, no,” dijo Biandina. “No lo alientes, Dirt. Por favor, no.”

“¿Qué?” dijo Antelmu. “No he dicho nada. Todavía.”

“No, pero te conozco. De hecho, apuesto a que estabas a punto de contar la historia del gigante durmiente y el hombre con el hacha,” afirmó Biandina. “No lo hagas.”

“De acuerdo,” dijo Antelmu. Pero lanzó a Dirt una mirada con un brillo particular en los ojos, y Dirt estuvo seguro de que lo escucharía en cuanto Biandina desapareciera de su vista.

Después de la cena, Biandina utilizó una piedra para partir el carbón y guardar la parte que aún no había comenzado a arder. El resto lo cubrió con cenizas, dejando un pequeño orificio para el aire, de modo que todavía permaneciera allí en la mañana. Luego, se recostó con despreocupación y dijo: “¿Qué tal si nos quedamos despiertos hasta la medianoche?”

“Oh, no hace falta. Como te dije, él no puede entrar,” afirmó Dirt.

“Dirt,” dijo ella con severidad. La habitación adquirió un tono serio. “No permitiré que nadie te encadene. Estás bajo mi protección hasta que Socks regrese. Nos quedaremos despiertos esta noche, y si aparece, peharemos. Antelmu, ¿prefieres esperar en nuestra habitación o aquí abajo?”

“Mi arco está en la planta de arriba. Debería tenerlo conmigo,” afirmó Antelmu.

“Subiremos,” dijo ella.

“No decía que debíamos quedarnos allá arriba,” replicó Antelmu.

“Está bien. Nos quedaremos en la planta superior. Dirt, ¿puedes cerrar las escaleras tras de nosotros?”

“Claro, no es mala idea,” afirmó Dirt. “Será delgada para que puedas atravesarla si es necesario.”

Biandina asintió y guió a los chicos escaleras arriba. El ambiente se parecía a Ogena, cuando los duendes estaban afuera y todos se preparaban para una guerra. Dirt observó sus mentes, y ambos niños ya estaban trazando planes para la batalla. Antelmu pensaba en disparar sus flechas por la ventana y en cómo ajustar el tiro para un ángulo tan bajo. Biandina pensaba en cómo podría usar sus pies para liberar a Dirt si alguien lo capturaba, y en qué tipo de arma de madera pedirle que fabricara. Necesitaba algo, y quizás sería mejor dejarle la navaja.

Dirt estaba aprensivo, pero no del todo asustado. No había manera de que las criaturas mágicas entraran en la torre, y sus luces mantendrían alejado al negro y ruidoso niebla. Y, aunque logran entrar de alguna forma, Dirt atacaría sus mentes y triunfaría. Pero a pesar de todo, ¿qué daño podría hacer tomar precauciones?

Selló la escalera en el séptimo piso, y descendieron por el oscuro pasillo hasta su habitación. Biandina había hecho un buen trabajo ordenándolo y haciendo que pareciera acogedor. Las mantas estaban extendidas y alisadas, las mochilas apoyadas uniformemente contra la pared, y los objetos útiles dispuestos de manera ordenada.

Los tres bebieron agua del lavabo, que aún estaba casi lleno, pero helada. Eso mejoró su sabor, pero después de dos tragos, él quería meterse bajo las mantas. Invocó tres brasas calientes y la habitación pronto se volvió más soportable.

Antelmu revisó su arco y lo colocó cerca de él, luego puso sus flechas a su lado para tenerlas listas. Lanzó una mirada larga por la ventana y luego se acomodó sobre las mantas. Tiró de sus rodillas hacia el pecho y preguntó: “¿Qué vamos a hacer mientras esperamos?”

El viento empezó a soplar. Los tres miraron por la ventana, pero la última luz se desvanecía, dejando una oscuridad sin luna. Al principio, el viento soplaba suavemente y enfriaba un poco el ambiente, pero las brasas de Dirt eran fuertes y no les prestaron atención más que para sentarse allí y preocuparse.

Estuvieron en silencio durante un corto rato, todos observando por la ventana. Dirt vigilaba las mentes, esperando que el viento fuera un elemento, pero no encontró ninguna. Solo estaban las de Biandina y Antelmu intentando no perderse en el temor, sino fingiendo que con su voluntad podían ahuyentarlo.

La noche sería larga, y Dirt ya había contado la mayoría de sus historias. Intentó recordar lo que había dejado afuera. ¿Los seres excavadores debajo de la montaña? No les había dicho de ellos. O la tormenta del Devora, pero eso solo les daría otra cosa de qué preocuparse.

“¿Quieres intentar hacer magia?” finalmente preguntó.

Biandina y Antelmu se enderezaron de repente, sorprendidos, y le dieron la vuelta para mirarlo.

“No puedo enseñarte a inhalar mana, pero puedo empujar un poco hacia ti y mostrarte un poco cómo usarlo,” explicó.

“¿Y qué se hace con eso?” preguntó Biandina.

“Solo las cosas más simples. Está bien. Cuando Socks y yo hicimos esto por primera vez, quemaba. Era doloroso y difícil de usar. Pero hay un truco: tienes que relajarte y dejar que vaya donde quiera. Hay una parte de ti donde el mana debe estar, pero no creo poder ponerlo allí directamente. Así que, si sientes que algo salió mal, no te preocupes. Así es como debe sentirse.” Él intentó tomar la muñeca de Biandina, pero ella la apartó.

“Espera, ¿qué es el mana? ¿Y a dónde va en mi cuerpo?” preguntó ella.

“El mana es magia en estado bruto, y va en tu cuerpo de mana. No es un lugar en tu cuerpo, sino uno de tus cuerpos. Pero eso es complejo y dejaré que los árboles te lo expliquen. Aquí, toma mi mano,” dijo Dirt.

“¿Irás a doler?” preguntó ella, adelantando su mano con duda.

“Probablemente, pero no tanto como que te quemen el brazo o te atraviesen con las garras de un ave. ¿Listo?”

“Espera,” dijo Antelmu. “Yo primero.”

“¿Por qué?” preguntó Dirt.

“Porque necesito saber cuánto duele antes de que tú lo pruebes con ella,” respondió. Su voz temblaba ligeramente.

“Es un noble gesto. Aquí, dame tu mano,” dijo Dirt.

Antelmu contuvo la respiración y extendió la mano. Dirt la tomó y también tomó la de Biandina. Luego, introdujo una pequeña cantidad de mana en ambos al mismo tiempo.

Los niños no gritaron ni resoplaron, pero sí se retorcieron y apretaron los dientes, demostrando a Dirt que había funcionado.

“Va donde tú piensas, así que intenta no focalizarte en eso. Solo relájate. Mira hacia la—” empezó Dirt, pero en la distancia vio filas de pequeñas luces rojas que le recordaron ojos. Estaban demasiado lejos para distinguirlos. “Mira la pared y no pienses en que va a doler.”

“Eso realmente duele,” dijo Antelmu.

Dirt afirmó: “Sí. Y no puedo sacarlo de aquí por ti. Tendrás que esperar a que se filtre solo, o dejarlo donde debe estar. Intenta pensar en caballos.”

Biandina se relajó y su rostro se iluminó. Apartó la mano y la observó. Cuando encontró la mirada de Dirt, sus ojos brillaban con asombro.

“Eso fue rápido. Casi no es justo. Me tomó una eternidad,” dijo Dirt, haciendo una mueca de disgusto.

“¿Qué hiciste?” preguntó Antelmu, todavía inquieto.

“Simplemente dejé que fuera a donde quisiera, como dijo él,” respondió Biandina.

Los tres saltaron cuando una gran lechuza batió sus alas y posó en la repisa de la ventana. Su rostro impasible los observó por un momento, hasta que ululó y voló en silencio con alas invisibles.

Ninguno de ellos dijo que debía ser un hada, pero Dirt estaba seguro de que todos pensaban lo mismo.

“¿Y qué puedo hacer con maná?” preguntó Biandina, un poco más alto de lo habitual.

Dirt respondió: “Muchas cosas, pero la magia humana es demasiado difícil para comenzar ahora mismo. Así que intenta... eh... ponerlo en la mano y golpear la pared.”

Al principio lo hizo con cautela, luego con más fuerza, y aún más, hasta que golpeó con toda su fuerza. Antelmu se estremeció por el sonido, y cuando Biandina gimió de dolor y sacudió la mano

por cómo el maná estaba agotándose, él corrió a asegurarse de que estuviera bien. Sus nudillos no mostraban signos de daño.

“¿Por qué eres tan buena en esto?” se quejó, satisfecho de verla sin heridas.

“Solo tengo suerte, supongo,” dijo ella. “¿Me puedes dar más, Dirt?”

“Claro que sí. Pero no demasiado de una vez. Creo que primero practicarás un poco más,” respondió Dirt.

“¿Por qué eso?” preguntó ella.

“Porque la primera vez que descubrí cómo usarlo, salté muy alto y lo gasté todo, y luego tuve una caída larga,” explicó Dirt sonriendo. “Estaba justo afuera del refugio de Socks y mi madre me atrapó, o habría caído de cabeza.”

En la siguiente ocasión, le dio un poco más, pero sin llegar a dañarse. Ella lo usó para saltar lo bastante alto como para tocarse la espalda en el techo, pero cayó de forma torpe y se lastimó las rodillas y el codo al aterrizar.

Antelmu empezó a pasear de un lado a otro por el pasillo, pateando de forma que incluso sus pasos parecían frustrados. De repente se detuvo y corrió a la habitación. “¡Lo logré!” anunció con orgullo. Golpeó la pared, primero con poca fuerza, y luego varias veces con toda su fuerza. Se rió sorprendido, contento de que no le doliera.

Dirt vio un movimiento en la oscuridad exterior, un parpadeo de algo pálido que le recordó a un paño. Lo ignoró.

Pasaron bastante tiempo jugando con el maná, volviéndose cada vez más hábiles en absorberlo y en usarlo en distintas partes de sus cuerpos. Estaban demasiado felices para dormir y mantenerse despiertos no fue difícil. Mañana no solo Dirt y Socks disfrutarían de una siesta al mediodía.

Durante todo ese tiempo, se podían ver extrañas escenas por la ventana, y sonidos que podrían parecer naturales, pero que resultaban fuera de lugar, como el canto de un cuervo. Dirt no fue el único que lo notó—los dos se movieron inquietos ante cualquier movimiento exterior o se detuvieron en medio de una frase para escuchar algo. Pero ninguno dijo nada y no ocurrió nada dentro de la habitación.

Emergió una luna creciente de tres cuartos, iluminando todo el paisaje con su luz plateada. Todos se acercaron a la ventana y la observaron, preparándose para una posible nueva amenaza. Pero no había nada fuera de lo común; solo sombras lunares y luz plateada que bañaba las rocas y la nieve. La tierra oscura y el montón de huesos permanecían en silencio en la distancia, esperando.

“Cuando la luna llegue aproximadamente hasta allí, será medianoche,” dijo Biandina, señalando una cuarta parte del cielo. “Debemos asegurarnos de que Antelmu y yo estemos listos con mana cuando llegue ese momento.”

Algo enorme pasó volando frente a la ventana, a pocos centímetros de sus rostros. Se movió demasiado rápido para distinguir si eran plumas, tela u otra cosa, pero los tres gritaron y retrocedieron de inmediato. Escucharon risitas y carcajadas afuera, pero se burlaron de ellos mismos y las ignoraron. Se apartaron de la ventana y volvieron a concentrarse en su práctica.

La medianoche llegó de repente, sin aviso previo. Solo supieron que era hora cuando vieron a Incantatus sentado plácidamente en la ventana, con sus pequeños pies dorados y sandalias colgando dentro de la habitación.

Su túnica ahora era negra, y su cabello, rojo y anaranjado como llamas. Sus ojos habían perdido su brillo y se habían convertido en un negro opaco que relucía tenuemente, como si las sombras que contenían no fueran uniformes. En una mano llevaba una cadena de eslabones de metal oxidado, cada uno con ganchos desagradables.

Una pesadilla invadió la habitación, un sueño inquietante. Una sensación de irrealidad los dominó, y solo Dirt tuvo la disciplina de resistir. Sacudió a Biandina y Antelmu, luego levantó un chorro de agua del recipiente con su mente y lo arrojó en sus rostros. Eso los despertó justo a tiempo. El suelo de la habitación se estabilizó, ya no parecía a punto de colapsar. La oleada de insectos negros se retiró y desapareció en las sombras.

“Te daré una oportunidad para que nos dejes en paz, y si no, te haré daño,” dijo Dirt.

“Te otorgaré una oportunidad para que te sometas a mí, antes de que te marchites y mueras,” afirmó Incantatus. Levantó la cadena, que tintineó y crujió con fuerza, mostrando un lazo que Dirt suponía era para su cuello. Una vez puesto, los ganchos afilados quizás nunca saldrían. “Inclina tu cabeza, Avitus. Esto será para ti un talismán radiante, nunca más sentirás hambre, porque serás mío.”

“No tengo hambre, y no creo en una sola palabra que digas,” respondió Dirt.

“Seguramente anhelas contra el vacío,” dijo Incantatus, desconcertado. Veneno manaba de sus labios, que lamió con desgano. “¡Comiste mi alimento! Una parte de ti ahora es un sueño, y debes venir o sufrirás la carencia de él.”

Dirt observó al extraño pequeño hombre, notando su ira y frustración, pero también su sinceridad. Después de todo, no podía mentir, pero ¿cuál era la verdadera verdad? Una que él tenía claro: no sentía nada parecido a lo que el hombre intentaba convencerlo.

“Te lo advertí,” dijo Dirt. Lanzó un ataque mental directo a la mente del pequeño hombre, lleno de angustia, miedo y, sobre todo, alerta. Una brillante vigilancia, brillante como el sol.

Incantatus gritó y cayó hacia atrás, atravesando la ventana. La cadena se deslizó dentro de la habitación y se disipó en humo.

Dirt corrió hacia la ventana y vio a Incantatus cayendo. Impactó contra el suelo como si fuera un montón de almohadas, luego se levantó y caminó tambaleándose hacia el montón de huesos.

Pero podía moverse más rápido. “Regresaré en un momento,” dijo Dirt, y se lanzó por la ventana él mismo. Persecuyó a Incantatus y lanzó otra descarga mental, que hizo que la criatura gritara de dolor, sujetándose las sienes.

“¡No me atormentes!” gritó Incantatus, dando vueltas para enfrentarse a Dirt con el rostro agrietado, que exudaba un fluido amarillo que resonaba y escupía al tocar el suelo.

—Será mejor que sigas corriendo —dijo Dirt.

El rostro del hombre hada se desgarró en una expresión de furia, y la disciplina que mantenía sus pensamientos alejados de la vista de Dirt se rompió. En su interior había una avalancha de imágenes caóticas más profundas de lo que Dirt podía comprender. La criatura extraña no estaba completamente presente, pero tampoco ausente. Caminaba en muchas variaciones de este lugar al mismo tiempo, y no todas eran desagradables.

En una, guiaba a una versión soñolienta y triste de Dirt por una cadena alrededor de su cuello, que dejaba caer sangre donde los ganchos la clavaban. En otra, reía y arrojaba una mesa con un festín opulento de carnes humeantes, verduras y toda la miel que alguien pudiera desear, mientras Biandina y Antemu chillaban de alegría y se lanzaban a la comida. En una tercera, la torre comenzaba a crujir y a caerse.

Pero ninguna de esas eras reales, y con el hada tan cerca de la realidad, aquello importaba. Se dispersaban y desaparecían, solo para ser reemplazadas por algo nuevo. Pero nunca estaban lejos, nunca demasiado lejos, y nunca verdaderamente libres del sufrimiento que Dirt le había infligido.

—Oye, Incantatus —llamó Dirt.

El hada se detuvo y giró la cabeza en su hombro para mirar atrás, hacia Dirt.

—No pienses en tu nombre real. En nada, en absoluto. Piensa en cualquier otra cosa, ¡pero no en tu nombre real! —Este era el truco más cruel que Dirt le había hecho alguna vez a Socks, pero funcionaba cada vez.

Y funcionó esta vez. Apkallu. Un nombre antiguo, más antiguo que el Imperio Sunset. Resonaba y gemía con peso e importancia, inclinándose de un lado a otro bajo su propio volumen, y luego desapareció. El hada cerró nuevamente su mente.

—Apkallu —dijo Dirt en voz alta—. Ahora conocemos nuestros nombres. Tal vez la próxima vez que nos encontremos, seas más amable y no intentes engañarme. Todavía podríamos ser amigos.

—No intentes atarme ahora, no mientras tenga esta forma. Ten piedad, ser finito —suplicó.

—Eso dependerá de si sigues molestándonos —respondió Dirt.

Apkallu se volvió y siguió caminando, acelerando más allá de lo que las piernas humanas podrían mover, y de repente, la noche quedó vacía, como otra noche más. No quedaba ninguna mente extraña, ningún sonido extraño en el aire.

Curiosamente, Dirt no sintió alivio. Ni, si era honesto consigo mismo, percibió mucho peligro del cual librarse. Lo único que quedaba era curiosidad. Por desagradables que hubieran sido esas interacciones, en términos generales, Dirt esperaba que no fueran las últimas. Había demasiadas preguntas.

Las luces encantadas en el exterior de la torre estaban agotando su maná, así que Dirt las recargó antes de regresar a subir. Encontró a Biandina y Antelmu cerca de la escalera inferior, apresurándose de manera imprudente para venir a salvarlo.

—Mi hermana está divertida —dijo Socks. Los otros dos niños se alertaron—. Ella dice que nunca ha visto a un humano ahuyentar a un nacido del sueño. Váyanse a dormir. Estaremos allí tarde en la mañana.